

Letras, costumbres y tradiciones del País Vasco

LA FESTIVIDAD DE LA CANDELARIA

"INUDES Y CALDEREROS"TRADICIONAL BENDICIÓN DEL ROMERO
LA «PARTILLA»

Aparecen en esta fotografía, obtenida en el día de la Candelaria de 1885, los populares «Angelito Minondo», «Manish», y Arnao, vestidos de alcalde y alguides a la antigua usanza. La fotografía está obtenida ante las verjas del palacio Ferrer, después hotel de Londres, que se hallaba en los solares que hoy ocupan las casas de la Caja de Ahorros provincial de la Avenida de la Libertad.

El día de la Purificación de Nuestra Señora —la Candelaria— era uno de los a comienzo y, terminada la temporada más típica de San Sebastián. En ese día con el día de la Candelaria, volvían al santuario a dar las gracias.

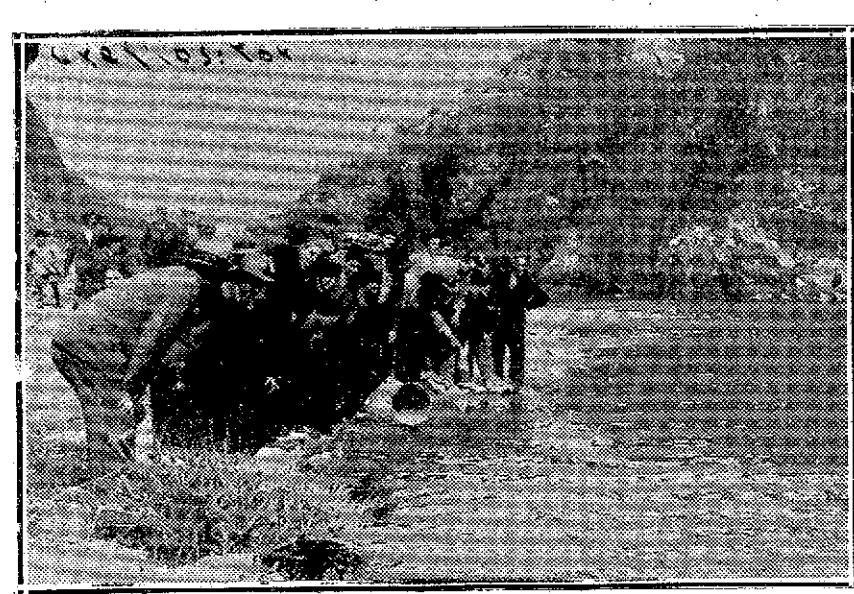
Sólo constituiría un cuadro de singular animación la llegada de los vapores y emociónando las lanchas. Las sirenas, con sus prolongados silbidos, anuncianan el arribo a la Concha de la flotilla pesquera local: «Eusebito», «Churrueca», «Urdateta» y los primitivos «Mamelonas» de la casa Meradez cargados del dorado y sabroso pescado.

Atracaban las lanchas en la dársena. Ya en ella esperaban los familiares de los marineros junto a la escalera. El reparto de la pesca se hacía en los mismos muelles, ante los curiosos de la ciudad que acudían a presenciar la tradicional distribución de besugos, «catu-arrazas», «cimpininos», etc.

Lo que sucede es que en algunos años de mala suerte los besugos escasean y abundan, para desgracia del pescador, las palomitas, salakunas o «parpaduas». Digo que para desgracia porque es opinión cundida entre las gentes de mar que la abundancia de este pescado constituye augurio de mal invierno. «San Vicente otoña, reguaren biotza», decían los antiguos donostiarra. Aparte de que la palomita es un pescado mucho más ordinario y más barato que el besugo. Mientras un besugo vale de tres a cuatro pesetas, las palomitas apenas cuestan cincuenta céntimos. De aquí que las palomitas constituyan el terror de los pescadores por su abundancia y por la fidelidad con que muerden el anzuelo.

¡Qué cambio ha experimentado el alegre y simpático barrio de la Jarana! Desaparecieron las siluetas de los «chibillerez» y populares tipos del ruelle: Peñico-bisher, Kana, Torcheruera» y otros tan conocidos de los serritosemess. «Las sanchetas» o gavotas, evolucionando en los aires y siguiendo siempre la ruta de los barcos son las únicas que nos recuerdan los viejos tiempos!

Un doméstico



Con el fin de repoblar de salmones el río Bidassoa, se traen de Alemania crías de salmon que suele arrojar al río la Sociedad de Caza y Pesca de Irún. La fotografía representa uno de esos actos de repoblación piscícola.

CURIOSAS COSTUMBRES

LA PESCA DEL SALMON EN EL BIDASOA

El día primero de este mes quedó abierta la época en que se puede pescar el salmón en la ría del Bidassoa. Cumpliendo lo que disponen las convenciones internacionales que regulan la pesca en esa ría entre franceses y españoles, el día 15 de enero se reunieron en las oficinas de la Base Naval francesa las alcaldes de Irún, Fuenterrabía, Hendaya, Biarritz y Vronque para sortear si habría de ser a los pescadores franceses o a los españoles a quienes había de corresponder pescar el primer día. Porque está reglamentado que españoles y franceses pesquen en la ría por turno de veinticuatro horas. El sorteo favoreció a los españoles, quienes han pescado desde las doce del día primero de febrero hasta las doce del día 2 en que, retirándose los españoles de la ría, habían pescado los franceses. El cañonero francés «Chasseur» y el torpedero español número 9 son los encargados de man-

tener la policía de las aguas internacionales y el buen orden de los turnos. Cuando en el reloj de la parroquia de Irún da las doce, el «Chasseur» dispara el cañonazo que abre el turno de pesca para los franceses y el torpedero número 9

lo hace a las doce del día siguiente, que corresponde el turno a los españoles. Y así, día por día, hasta el 15 de septiembre en que comienza la época vedada que durará hasta el primero de febrero del año próximo.

Ha sido siempre el salmón del Bidassoa manjar predilecto de las buenas mesas. Para que el lector tenga una idea de las curiosas costumbres de este animal y de la forma en que se lleva a cabo su pesca, reproducimos parte de una bellísima página literaria que en el Almanaque descriptivo de Guipúzcoa publicó sobre este tema el exquisito e inolvidable escritor vasco Gregorio de Múgica.



Buscando la ejemplaridad del acto, los comandantes de las bases navales francesa y española, con los alcaldes de Irún, Fuenterrabía, Biarritz, Urrugne y Hendaya, acuden a dar carácter oficial a la echazón de las crías de salmón al Bidassoa. Esta ocasión de uno de esos días.

EL AUDAZ SURCADOR

En las entrañas serenas de este Bidassoa bello y azul, atrae la codicia de los pescadores un ágil surcador de sus aguas, de forma esbelta, de flexibles movimientos, de cuerpo elegante, que a veces tiene en sus escamas el brillo de la plata pulida y otras un matiz verde sombrío irradiado por el reflejo de aureos destellos. Es el salmón del Bidassoa, orgullo de las mesas privilegiadas y florón inapreciable de los esplendidos menús.

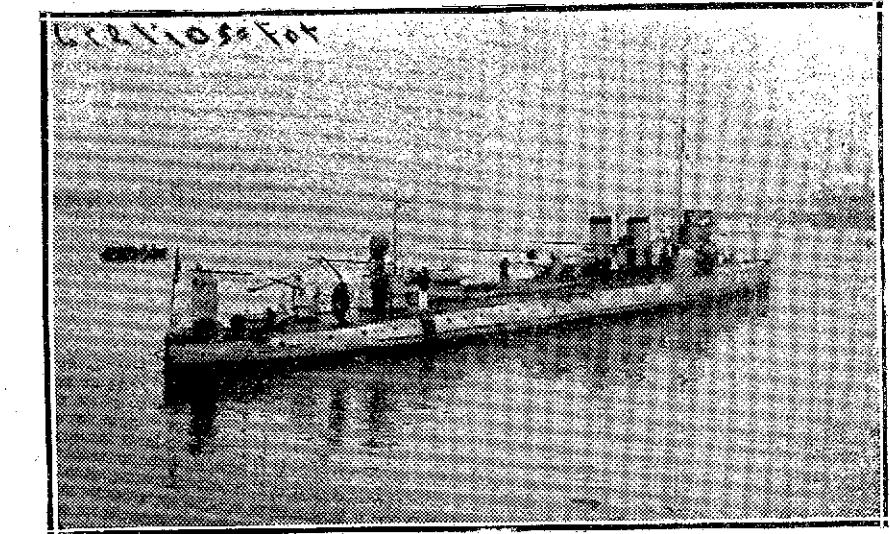
Ni éste ni aquella cuidan más de los gérmenes a los que dieron condiciones de vida. Sin nueva protección nacen los pececillos, y sin otros recursos que los propios viven en la más delicada época de su vida. Y a fe que no tienen muchos medios de defensa: torpes, muy torpes, para huir, muchos desaparecen víctimas de la voracidad de otras especies.

Pero pasa un mes, y el salmoncillo se hace ágil, ligero, y aprende a huir de sus perseguidores. Por instinto natural baja al mar, y a los ocho o diez meses, en pleno desarrollo, asciende de nuevo el macho.

Ni éste ni aquella cuidan más de los gérmenes a los que dieron condiciones de vida. Sin nueva protección nacen los pececillos, y sin otros recursos que los propios viven en la más delicada época de su vida. Y a fe que no tienen muchos medios de defensa: torpes, muy torpes, para huir, muchos desaparecen víctimas de la voracidad de otras especies.

Pero pasa un mes, y el salmoncillo se hace ágil, ligero, y aprende a huir de sus perseguidores. Por instinto natural baja al mar, y a los ocho o diez meses, en pleno desarrollo, asciende de nuevo el macho hasta llegar al rincón en que nació. No va solo; suben en bandadas, las hembras por delante, y los más lozanos ejemplares a la cabeza de la expedición. Saben bien que el agua marcha veloz en la superficie y lenta en el fondo; por eso, cuando al subir han de marchar en contra de la corriente, ascienden rozando los guijarros del fondo, y en cambio, do que forme un semicírculo cuyo centro sea el punto en donde el salmón tuvo la osadía de escalar el reino de los pájaros. Se conduce también a tierra el otro extremo de la red, y tirando de ambos va acercándose a tierra toda ella.

Ya está cerca. De nuevo impresa el silencio. La vista ahonda en las aguas para sorprender pronto lo que arrastra la red. Parece percibirse el movimiento precursor de las pescas felices. La superficie se agita. Se inicián las sacudidas bruscas. El agua parece hervir con violencia. Pronto adquiere el aspecto revuelto de una cascada, y entre la espuma zarandeada lucha el salmón por salvar el



Anclado cerca de la costa francesa el torpedero francés «Chasseur», es el encargado de velar, en nombre de Francia, por los derechos que los Tratados confieren a los súbditos de ésta en la ría internacional.

En el reloj de la torre de Irún suena las doce. Un estampido sacude el aire, y las casas vibran a impulsos del cañonazo.

Es la señal. Por convenio ya establecido, los dos cañoneros, español y francés, que vigilan la ría, disparan en días alternos, desde que el loco febrero asoma hasta que nace el mes de agosto, vibrantes estampidos que contagian el aire y dan a la tierra energético temblor.

Cuando el guardacostas español hace que su cañón retumba, los pescadores de la orilla derecha del Bidassoa deslizan suavemente sus lanchas y arriban a los desembarcaderos. A la vez, salen los de la orilla izquierda a ocupar por veinticuatro horas el dominio fluvial, hasta que de nuevo suenan las doce del día en el reloj de Irún, dispara el cañón del buque francés y se realice el relevo.

La operación es rápida, y sólo por breves momentos turba la paz y la quietud. Pronto las nuevas embarcaciones se hallan en los lugares preferidos, flotando nuevamente con imperceptibles movimientos de oscilación. Sobre la lancha, a popa, está recogida la red de anchas mallas, bien dispuesta con los plomos y los cerchos hábilmente distribuidos. Atada a un extremo de la red, hay una cuerda que un muchacho o una mujer sostienen por el otro extremo en la orilla, desde tierra.

El silencio es completo. El esfuerzo de todos los sentidos se halla concentrado en los ojos, y el atento mirar es labor que absorbe la energía de todas las potencias. Las miradas resbalan clara vez a flor de agua buscando algo que se espera y que tarde en surgir. Los rostros curtidos al sol giran incessantes para variar el campo de observación de los ojos.

De los ojos hechos a mirar de frente a la intensa luz del cielo y a escudriñar en el misterio de las aguas. Alerta la vista, plegados los labios, quietos los cuerpos...

Rápido, veloz como una flecha lanzada al aire, salta el salmón y asciende vertical hasta que el agua no roce su cuerpo esbelto. Durante dos segundos, el sol arranca destellos blanquiniscos a las escamas plateadas. Pasa el brevísimo instante, hundese el pez, y los círculos concéntricos de las ondas van ensanchándose... Pero apenas ha hendido los aires, los pescadores alerta y silenciosos, ven el salmón, empujan los remos, y a golpes vigorosos y rápidos repetidos entre palabras de aliento y jolgorio, se acercan al lugar en que el pez saltó. Con gran presencia echan la red, por un extremo sujetando por la cuerda desde la orilla, de modo que forme un semicírculo cuyo centro sea el punto en donde el salmón tuvo la osadía de escalar el reino de los pájaros. Se conduce también a tierra el otro extremo de la red, y tirando de ambos va acercándose a tierra toda ella.

Udaberkiko lili ederak Igaratzen dira Naguan. Lili gaxosik bezela, zura Maifasuna-lizan, Orduan. Udakzenean, enada yoan Zan nere-etzeko Kabitik. Bera etorrir da Berriz, bafian... Zu maiteko, ez Oraindik. Bai-dakit bai, pozik etorri Gura dezula Nigana; Yoango banintz lendarbizu ni Apal, samurri Zuganga. Ezin yoan ni, ezterengatik Zifana. Aztu nazazu Betti-betifio... Ori-izango da Onena. Satarka

Orduz, geroz, maiz egiten dut nigarri! Ain ederr zen, ain errne, ain arkar! Ezineez, mendietan parerik; Ururu da..., nik ez dut berrikid.

Oroitzentzera, ena txorizo Arratz-artako Ordutzen?

Oroitzentzera, zuk gogoz eman Nai etzenidan Musuaz?

Al, bañan gero... zuru barruan Piztu zan sutzaz Berria, Eta bat-baten eman zenidan Matiasunet, pa Gozoa.

Udaberriko lili ederak Igaratzen dira Naguan. Lili gaxosik bezela, zura Maifasuna-lizan, Orduan.

Bai-dakit bai, pozik etorri Gura dezula Nigana;

Yoango banintz lendarbizu ni Apal, samurri Zuganga.

Ezin yoan ni, ezterengatik Zifana.

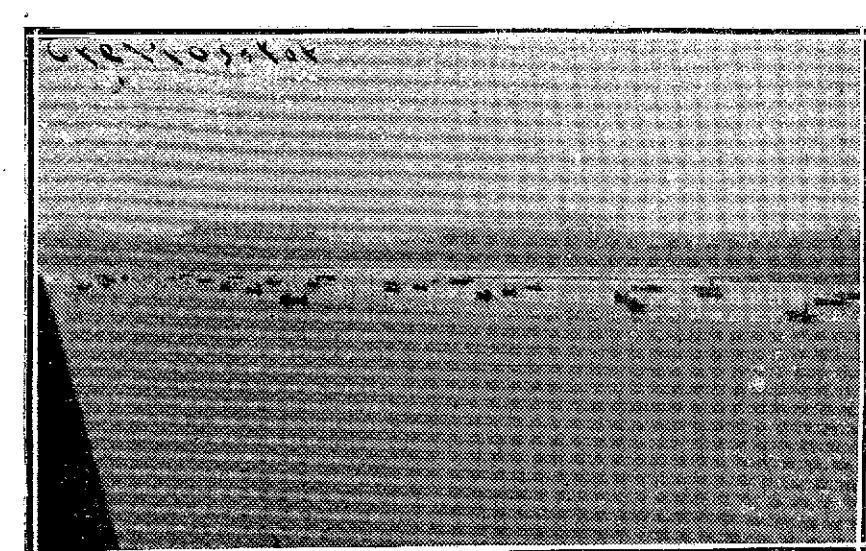
Aguana,

Aztu nazazu Betti-betifio... Ori-izango da Onena.

Satarka

LA MUERTE DEL AUDAZ

Al mediodía, cuando el Bidassoa tiene reflejos de plata bien bruñida, sobre sus aguas se balancean, casi imperceptiblemente, las lanchas de oscuros colores. A bordo, dos o tres pescadores miran a todos lados en silencio. No se habla, no ríe; tan sólo se observa. Abiertos, bien abiertos los ojos, cerrada la boca: los marineros contemplan desde sus lanchas durante varias horas la superficie quieta de las aguas.



Comenzada ya la época de la pesca en el Bidassoa, son frecuentes espectáculos como éste, que parece un desfile de "juncos" por la desembocadura del Yang-tse-Kiang